



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Bienaventurados los misericordiosos

Exposición del Mensajero del Eterno

UNA maravillosa equivalencia funciona en la naturaleza, en el universo y en todo. Esta equivalencia se produce en todos los sentidos. Por eso, si queremos ver días felices, debemos sembrar el bien, entonces la cosecha será buena, mientras que si sembramos malas cosas, la cosecha será mala.

Ya la cosecha se traduce en las impresiones que recibimos, porque los hábitos que practicamos forman nuestro carácter. Si tenemos pensamientos mezquinos, duros, severos y desprovistos de bondad con nuestro prójimo, el resultado se revelará en un carácter malo y duro. Tal vez tendremos todas las apariencias de la corrección y de la buena educación, pero a pesar de todo, nuestro corazón será duro, seco y malo. Así seremos auténticos malhechores, haciendo el mal y no el bien.

La lección del texto de Mateo 5: 7: "Felices los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia", es maravillosa. Al ignorar el funcionamiento de la Ley universal, los humanos creen que buscando su propio interés y siendo astutos, sacarán una inmensa ventaja, podrán enriquecerse, adquirir renombre, popularidad y vivir en el bienestar. Pero muy a menudo es todo lo contrario que obtienen; pues la única riqueza verdaderamente provechosa es la que podemos adquirir mediante un carácter formado por el espíritu de Dios.

Como lo hemos dicho, si sembramos el bien, cosecharemos cosas admirables. Nuestro texto dice que los misericordiosos obtendrán misericordia. Esto muestra que siempre se cosecha lo que se siembra. Por lo demás, es imposible que no sea así según la ley de las equivalencias. El labrador que siembra trigo en su campo no cuenta con recoger uva, lo que sería insensato. Y sin embargo es lo que hacen los humanos, puesto que siembran malas acciones y esperan cosechar la dicha y la prosperidad.

¡Cuántas tinieblas circundan a los pobres seres humanos! Y los más sabios son los más insensatos, porque enseñan a los demás a ser astutos, a forjarse una situación encima de escombros. Es lo que sucede de un modo general en la humanidad. La historia de los pueblos da fe de esto. ¿Y qué queda de todos los imperios colosales que han existido en la tierra para oprimir hacer sufrir al prójimo? Sólo quedan ruinas, vergüenza, y nada más.

Antes habíamos creído que era juicioso ser egoísta e interesado; habiendo sido educados en un mundo egoísta, ¿cómo podría ser de otra manera? Las Escrituras afirman que nadie verá al Señor, ni podrá reconocerlo sin la santificación; ésta consiste en poner a un lado las impurezas, la maldad, las hipocresías, la mentira, y toda la corrupción religiosa que existe en nosotros.

Podemos desembarazarnos de esta mentalidad en la escuela de Cristo, que es la prórroga que nos concede el Señor.

Pero actualmente todos los seres humanos no reciben esa prórroga; ni se forman una idea de lo que se les ofrece, pero todos tendrán un día la ocasión de pronunciarse. Si la ocasión no les es dada hoy, será para más tarde; pues todos los hombres volverán a la existencia por la resurrección, ofreciéndoles a cada uno el privilegio de pronunciarse por la legalidad y la vida o por la ilegalidad y la muerte.

Hemos recibido una cantidad de impresiones ilegales, y ahora, con el conocimiento de la verdad, se trata de darnos cuenta de que es el día favorable para obrar en consecuencia. Conocemos la situación de la humanidad, lo que no es el caso para los seres humanos en general, porque viven esperando confusamente, pero sólo obteniendo la decepción. Todas sus esperanzas acaban seis pies bajo tierra, sin haber conocido nunca la verdadera felicidad. Su decepción es completa.

No es a esta esperanza que nos llama el Señor, sino a una esperanza viva y magnífica. El Hijo de Dios nos abre el camino; ha sido precedido por los profetas, que han anunciado toda clase de cosas mostrándonos el alto llamado y el llamado general de los seres humanos por el Ejército del Eterno. Los profetas nos han dejado detalles maravillosos que nos entusiasman. Cuando nos ocupamos de estas perspectivas gloriosas y alimentamos nuestra alma con estas esperanzas, las demás cosas vienen a ser del todo secundarias.

El Reino de Dios y su justicia, nos dice nuestro querido Salvador, es lo que conviene buscar primero, y todo lo demás es dado por añadidura. ¿De qué sirven la opulencia del mundo y los placeres de la mesa, si no se tiene la salud para disfrutar de ellos, ni el apetito como aliciente? Si estamos muriendo, todas estas cosas no nos sirven de nada. Además, la tierra no está destinada a los que buscan los regocijos del mundo, puesto que las Escrituras declaran que la heredarán los bondadosos.

Si actualmente los violentos se han apoderado de la tierra, valiéndose de astucias y maldades, esto no debe preocuparnos, puesto que finalmente serán los mansos quienes la heredarán; la recibirán naturalmente y sin discusión. En efecto, las promesas son seguras, pero sólo nos corresponderán si llenamos las condiciones. He ahí lo que debe ocuparnos. Una de las condiciones esenciales es ser misericordiosos, como nos lo muestra el texto citado.

La misericordia es una condición esencial. Si somos misericordiosos, es seguro que la misericordia actuará también a nuestro favor

de modo maravilloso. Si estudiamos la vida de David, por ejemplo, vemos que cometió muchas faltas. Si otro cualquiera las hubiera cometido, tal vez habría sido condenado a muerte; pues las faltas de David podían suscitar en ciertos corazones un espíritu de venganza para quitarle la vida. Mas él obtuvo misericordia porque era un hombre que ejerció una misericordia muy grande.

David tenía un respeto profundo a las ordenanzas del Eterno. Nunca quiso levantar las manos encima de Saúl; lo respetó a causa de la unción del Eterno. David, pues, le tenía al Eterno respeto, sumisión y una fe verdadera. Pero esto no impidió que cometiera faltas; las expió a su vez en cierto sentido, soportando en su corazón sufrimientos morales y dolores que él mismo había ocasionado a otros. Tuvo que pasar por grandes sufrimientos en su familia, a causa de sus hijos. Era una terrible equivalencia, y las Escrituras muestran que fue la consecuencia de su línea de conducta.

Tenemos ante nosotros un modelo, nuestro querido Salvador, quien jamás cometió falta. El trajo pura y simplemente la bendición divina, y mostró la misericordia divina de una manera sublime y admirable. La Palabra divina dice que obtendremos misericordia en la medida en que la ejerzamos en torno nuestro. Lo que sembramos, lo recogemos también.

Amigos nuestros habían sospechado continuamente, incluso del Eterno; con tales siembras, acabaron por perder la confianza de que el Eterno les tuviera misericordia. Estos amigos dejaron el mundo entre espantosos dolores y tormentos. Comprendemos muy bien que es imposible sembrar malas cosas sin recoger la cosecha correspondiente.

La cosecha consiste en las impresiones que grabamos en nuestro cerebro. Por tanto, si nos esforzamos en ser misericordiosos con los que nos rodean, vamos adquiriendo un carácter misericordioso y mucho más accesible a las impresiones divinas; comprendemos así mejor el carácter del Eterno, sentimos mejor su amable asistencia, y somos más abastecidos por su espíritu, que recibimos por su inefable bendición, por su compasión y su misericordia.

Cosechamos todos estos beneficios a causa de la misericordia que ejercemos. Si al contrario somos duros, tajantes, si somos gentes de dura cerviz que no quieren doblegarse, habrá un desgaste que nos arruinará hasta la tumba.

Los altibajos en la familia de la fe provienen de nuestros hábitos ilegales, que son causa de nerviosidad y de impaciencia, y finalmente nos consumen; también podemos caer en una terrible desesperación hasta perdernos. A me-

nudo yo he visto a hijos de Dios víctimas de la tristeza y de la desesperación. Esto proviene de que habían sembrado malas semillas, y, naturalmente, la cosecha ha sido mala. Por eso, de vez en cuando ciertas cosechas se traducen en el desaliento.

Pero si sembramos en torno nuestro la misericordia, nos acompañará siempre el estímulo de la paz divina, la alegría y el consuelo. Veremos cuán amable es el Eterno, y podremos cantar lo que David expresó en cada línea de un salmo, alabando la maravillosa misericordia divina: "Alabad a Jehová, porque para siempre es su misericordia". El se exhortó y se dijo: "Bendice, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios". Cuando nos olvidamos de las benevolencias del Eterno, nos volvemos duros, ingratos y malos.

Siempre nos acecha el peligro de volvernos gentes religiosas, las cuales son peores que las prostitutas y las gentes de mala vida. Caer en la religiosidad es un gran peligro, puesto que el Señor dijo a aquellas gentes: "Los publicanos y las prostitutas os anteceden en el Reino de Dios".

¿No amaré, pues, el Señor a los que se ocupan de su Palabra? Nada de eso, pero lo que es incompatible en los caminos del Eterno es escuchar sus instrucciones y no ponerlas en práctica; Esto forma un corazón religioso.

Si tenemos un carácter que se deja fácilmente poner nervioso, como el adversario lo sabe, procura impacientarnos y cargarnos. Toca, pues, a nosotros saber si queremos dejarlo obrar o bien oponerle resistencia y dejarnos impresionar por el espíritu de Dios que nos da alegría y consuelo. El pequeño rebaño debe realizar un ministerio que da magníficos resultados; es el ministerio de un sacerdote misericordioso que está continuamente en la brecha para reparar lo que ha sido mal hecho.

Este sacerdote no hace reproches, sino que estimula, levanta el ánimo a su alrededor. Es el ministerio de los consagrados que hacen el bien desinteresadamente, con toda libertad, por alegría de hacer el bien, sin esperar recompensa a cambio. Si obramos así la aprobación de nuestro Padre nos está asegurada.

No debe desde luego ocuparnos sembrar mucho para recoger mucho, como un avaro que hace el bien por interés, para sacar una ventaja. No debemos hacerlo con la idea de recibir, sino porque el bien es un ideal que encontramos magnífico. Hemos de practicar la misericordia porque es sublime y porque nos sentimos atraídos a vivirla a favor de aquellos que nos rodean y de nuestro prójimo.

La misericordia es un rasgo del carácter divino, que debe entusiasmarlos y hacer nacer en nosotros el ardiente deseo de realizarla a nuestra vez. Esto nos recordará a la mujer adúltera del evangelio de Juan, cap. 8. Los judíos religiosos se alegraban de haber sorprendido a una mujer cometiendo adulterio; la trajeron al Señor con intención de apedrearla, y ya la veían condenada al suplicio.

Sabiendo ellos que el carácter del Señor estaba siempre inclinado a la bondad, al amor y a la misericordia, pensaron que no podría evitar de condenar a la mujer. Ellos se dijeron: "Vamos a citarle la ley de Moisés, y no podrá eludirla". Se regocijaban de antemano de su apuro, estando seguros de que Jesús se vería obligado a respetar su ley. No contaban con lo que les diría el joven Jesús.

El Señor era, en aquel momento, un adversario a quien querían confundir. Le dijeron, pues:

"Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio; como en la ley Moisés nos ordenó apedrear a tales mujeres, ¿qué nos dices tú?" Entonces, con su misericordia y de una inteligencia superior, les contestó simplemente: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella".

Esta era una lección ejemplar que todos tuvieron que aceptar, reconociendo cada uno de ellos que tenía muchas faltas que reprochase. Por eso, uno a uno fue desapareciendo, y el Señor quedó solo con la mujer adúltera. Entonces le dijo: "No te han condenado, ni yo te condeno; vete, y no peques más."

Sacamos de esta maravillosa enseñanza que, si vivimos la ley universal, el Señor nos ayudará siempre a salir de apuros. La Ley universal es una enseñanza maravillosa con la cual podemos andar seguros. No hace falta preguntar nada a nadie, sabemos lo que tenemos que hacer y no podemos engañarnos. La Ley universal es un guía seguro y fiel. La quintaesencia de esta maravillosa ley es que cada ser y cada cosa existen para el bien. Debemos, pues, existir para el bien de nuestro prójimo.

Nuestro querido Salvador existió para el bien de la mujer adúltera, como un sacerdote misericordioso, cubriéndola de su propiciación y aconsejándola que dejara el mal, y siguiera el buen camino. El Señor no habría podido hacer lo que hizo por esa pecadora si no hubiera tenido la voluntad de pagar por los culpables y de dar su vida; son condiciones para los que aceptan la carrera del pequeño rebaño. Los que no siguen los caminos del Eterno no pueden cumplir este programa.

¿Cuán importantes son estas lecciones! Nos muestran cómo ser misericordiosos con los que nos rodean, sabiendo que nos mantenemos por la gracia y la gran misericordia del Señor. Si el Señor nos ama, es a causa de su gran misericordia, que es una parte esencial de su amor a favor de la humanidad. Nos alegramos, pues, de las magníficas lecciones que el Señor nos enseña en su bondad. Con el conocimiento de la Ley universal vemos en todas partes el mismo principio, y comprendemos lo necesario que es ser misericordiosos con todos.

Los principios divinos son gloriosos, restauran el alma y hacen feliz el corazón; ejercer la misericordia enternece nuestra alma. Pero si condenamos a nuestro prójimo como un juez inexorable, nos volvemos duros y malos, auténticos malhechores. Lo vemos en el mundo, cómo el diablo lo tiene organizado. Los que son establecidos por él juzgan a su prójimo sin misericordia; por eso, su responsabilidad es grande y cosechan un carácter abominable.

Otros condenan a sus semejantes en nombre de una religión, y su carácter religioso es para ellos una terrible cosecha. A menudo, en su fuero interno, tienen la misma satisfacción que los antiguos fariseos en condenar a la mujer adúltera. Son como el fariseo del templo que oraba: "Dios, te doy gracias porque no soy como el publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano".

Es también otro error creer que hacer el bien tiene algún mérito. No es así. Si hacemos el bien a otros, nos hacemos bien a nosotros mismos en primer lugar, y nada más; porque simplemente vivimos la legalidad, y la práctica de la legalidad nos procura alegría y felicidad. El que ama la rectitud y busca la pureza del corazón tiene por amigo al Rey, en el sentido de que el Señor sanciona su línea de conducta con su bendición.

¿Cuán estúpido es hacer el mal, vivir en la ilegalidad que sólo da malos frutos e inmensas desventajas! Pensar en sí, o en su familia en detrimento de otros, es la ilegalidad y da mal resultado. Nunca haremos algo bueno por los nuestros sin pasar por la hilera iniciada por nuestro querido Salvador en la nueva familia que nos da el Eterno. Los hijos que vienen a la existencia no mueren, sino que pueden vivir eternamente. Este programa da un resultado feliz y durable.

¿Cuán claros resultan los caminos del Eterno con el conocimiento de la Ley universal! Antes pensábamos que hacer el bien era muy merecedor. Pues en el reino del adversario el que hace el bien es alabado. Sin embargo, hacer el bien ejerciendo la misericordia, pagando por los culpables, dando la vida para sanar los corazones trabajados y cargados, sólo los verdaderos hijos de Dios pueden hacerlo, porque siguen el ejemplo de su querido Salvador que ha abierto el magnífico camino de la misericordia divina.

El Señor Jesús y los miembros de su cuerpo, al pagar por los seres humanos les abren la escuela de Cristo, dándoles una prórroga para que tengan todas las ocasiones y facilidades de reformar su carácter. Como lo vemos, los caminos divinos son maravillosos, inefables y eminentemente prácticos. No consisten en una teoría, sino en un programa de vida que produce resultados sublimes y gloriosos. Estas cosas debemos sentir las profundamente.

Cuando ejercemos la misericordia, sentimos a la vez el alivio, la alegría y el consuelo que nos trae la maravillosa misericordia divina. Si algunos nos han ofendido, y que oramos y pagamos por ellos, tributándoles nuestro amor, sentimos en nuestra alma mucha alegría, porque vemos así que se enternece nuestro corazón, que desaparecen las crispaciones nerviosas y que somos cada vez más accesibles a la buena semilla de la gracia divina.

Es así como podemos adquirir los sentimientos divinos y sentir maravillosos vuelos celestiales, al ser más sensibles a la influencia del espíritu de Dios. Cuando estamos en esta situación de corazón, lo que nos ocupa sobre todo es la sensación de la bondad, de la misericordia y de la inexpresable ternura del Eterno. Este conocimiento no viene de lo que hemos estudiado, sino de lo que hemos vivido.

Sólo esto puede darnos el verdadero conocimiento del Eterno. Queremos, pues, aplicarnos en vivir la misericordia, para que nuestro corazón se abra a los efluvios de la bendición divina y que podamos realizar las palabras del texto: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia".



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Somos hijos de misericordia y nos compadecemos de la humanidad?
2. ¿Pensamos en nuestro prójimo al vivir la verdad, para ilustrar la misericordia divina?
3. ¿Seguimos siendo misericordiosos a favor de los que nos combaten?
4. ¿Enternece nuestro corazón la misericordia divina?
5. ¿Vivimos la misericordia, al ser altruistas?
6. ¿Somos verdaderos hijos de Dios por la revelación de la verdadera misericordia?